

triunfo de Calatañazor tiene su complemento en Granada: el fruto de la colina del Aguila se recoge á la orilla del Genil, y la muerte de Almanzor el Grande ha producido la caída de Boabdil el Chico, el Augusto del imperio mahometano de Occidente.

Contestacion al anterior discurso del señor don Modesto Lafuente por don Antonio Cavanilles, académico de número.

Señores: La academia se complace en contar en el número de sus individuos al señor don Modesto Lafuente, que ha merecido alcanzar grande reputacion literaria, que ha consagrado su vida al estudio, que solo y sin auxilio acometió la árdua empresa de escribir la historia de nuestra nacion. El que ha dado tantas muestras de talento, de recta critica y de buen gusto, no podia menos de pertenecer á una docta corporacion, que alienta todos los esfuerzos, que premia los merecimientos literarios y que procura mantener viva la llama del saber histórico.

Si necesitásemos otra prueba de los conocimientos y del mérito del nuevo académico, el discurso que acabamos de oír nos la suministraría muy brillante. Con notable elegancia nos ha presentado el cuadro de una época en que dos pueblos, dos civilizaciones se disputaron el dominio de España: paralelo importante, lleno de erudicion y de filosofía; panorama magnífico, que ha ido sucesivamente desplegando á nuestra vista las diferentes escenas de la vida civil, política y militar del pueblo árabe y del pueblo cristiano.

Voy, señores, contando mas que nunca con la indulgencia de la Academia, á suceder al señor Lafuente en el exámen de ese periodo, y á manifestar el importante servicio que hicieron los árabes á las letras.

Es claro que para conocer una época en que dos pueblos se disputaron el mando, no basta oír á los escritores de una de las naciones; hay que examinar lo que se escribió por ambas partes, y la historia de los árabes, y sus guerras, y sus relaciones con los cristianos deben ser objeto de un estudio llevado paralelamente, olvidándose al hacerlo del interés, del orgullo, de las pasiones de una y otra gente, aplicando el cu-

chillo del análisis á lo que alumbró la antorcha de la critica.

Este linaje de estudios se halla por desgracia muy atrasado: el idioma árabe no está aun tan generalizado como fuera de desear, y entre nosotros (mengua es decirlo) se halla casi olvidado cuando debiera ser objeto de culto literario. Los códices desaparecen: el Escorial, ese gran depósito de donde han salido la mayor parte de los que adornan los museos y archivos extranjeros; el Escorial, que custodió los códices pertenecientes á don Diego Hurtado de Mendoza y á Benito Arias Montano, y los cuarenta mil del rey Cidan apresados en 1612 cerca del puerto de la Mámora, vió en 1671 consumirse entre los horrores de un incendio la mayor y mas rica parte de su tesoro literario, y por las vicisitudes de los tiempos vió despues correr varia fortuna á mucho número de sus mas notables documentos.

Para conocer este periodo importante de la historia de España buscaban los estudiosos las cortas, diminutas y no siempre satisfactorias noticias de los autores españoles coetáneos á las diferentes fases de la dominacion árabe, y examinaban entre otras obras de menor interés, el Cronicon del Picense, las obras del arzobispo don Rodrigo, las del Tudense, la Crónica latina del Cid, hoy rescatada por la Academia, la Crónica general, los poemas anteriores al siglo XV, y ese rico venero de costumbres, de recuerdos y de glorias que se conserva en nuestros romances.

Por desgracia el resto de Europa no sabia mas que nosotros, y Fernando VI, encargando en 1748 al Siro-Maronita Casiri el índice y la ordenada descripcion de los manuscritos árabes del Escorial, y Carlos III dándolos á luz, hicieron conocer al mundo esta riqueza literaria; y se tuvo noticia de mil ochocientos cincuenta y un códices, escritos la mayor parte por árabes, españoles por origen, por nacimiento, por domicilio, ó por escuela; códices referentes casi todos á cosas de España, muchos de los cuales pertenecieron á las bibliotecas musulmicas de Granada.

Dado el impulso, el abate Andrés, en su Historia sobre el origen y estado actual de

la literatura, llamó la atención de Europa sobre los árabes españoles; y en nuestros dias el erudito Conde publicó la Historia de los árabes de España, obra á que debió acompañar el testo original, porque segun la bella espresion de Mariana, *la historia no pasa partida sino la muestran quitanza*; obra que dejó incompleta, habiéndose publicado los dos últimos tomos despues de su muerte por papeletas mal coordinadas, cuyos defectos no pueden atribuirse al autor sin faltar á la buena fé literaria.

Reivindiquemos, señores, para España la gloria de haber llamado la atención del mundo sobre este género de estudios, que si no han ilustrado mucho la historia patria, han derramado gran luz sobre otros importantes ramos del saber. Casiri, Andrés, Conde, pueden haberse equivocado en algunos puntos. ¿Para qué negarlo? Caminaban por sendas escabrosas, fueron los primeros, los maestros, la guía. Si hoy se alzasen del sepulcro, al ver la injusticia con que son tratados, ¿cuánto no dirían á los criticos modernos? ¿y cómo protestarían, hombres del siglo XVIII, al verse juzgados por la generacion presente!

Empero de estos puntos de partida proceden las últimas investigaciones. Unos autores se propusieron en el extranjero traducir á Conde, otros utilizaron los datos de Casiri, otros vistieron con la librea de la novela la Historia de los árabes de España, otros gastan sus fuerzas en hallar defectos en nuestros escritores; y no falta quien trata de imponernos magistralmente sus opiniones, pensando que el mundo estaba en el caos y que á él solo fué revelada la luz.

Para juzgar este gran proceso hay que publicar los documentos, como lo hizo un docto académico dando á luz la historia de Almakary; como lo hace Dozy imprimiendo las de los Almohades y Almoravides. De este modo se verá lo que escribieron los árabes, se les comparará entre sí y con los escritores españoles; la arqueología nos mostrará las huellas que dejaron en el pais y el estudio y la recta critica harán que, mas felices que hasta aqui, veamos levantar parte del velo que oculta los sucesos de aquellas remotas edades.

En tanto, con los datos que hoy poseemos, emplearé los cortos instantes que he de ocupar todavia la atención de la Academia, en la investigacion del adelantamiento literario que debimos á los árabes, prefiriendo la historia de las ideas á la narracion de los hechos.

Al dirigir la vista á aquellos siglos, al considerar el estado político de Europa, la escentralizacion del poder, la insubordinacion de unos, la abyeccion de otros, la corrupcion de las clases mas respetables, el silencio de las musas, la general ignorancia, ¿quién habia de creer que la invasion sarracena no agravaria los males intelectuales del pais? ¿que en medio de los instintos de ferocidad y de guerra, de las divisiones civiles, de tanta tribu, de tanta raza, de tanta variedad de gentes habian de encontrarse príncipes dignos del trono, unidad en el mando y proteccion á las artes y á las letras? ¿Y que los hijos del desierto, recordando en el perfumado suelo de Córdoba los placeres de Damasco y de Bagdad, habian de ser el conducto por donde volviese á Europa el tesoro del saber que habia desaparecido de ella?

¡Altos secretos de la Providencia que no es dado sondear á la mezquina comprension del hombre! ¿Quién hubiera dado asenso al que tales cosas contara, cuando nuestros padres vencidos y derrotados en Guadalete, precedidos por los obispos, huían del alfange y de la cimitarra, llevando el arca santa con las venerandas reliquias, y corrian á refugiarse á la parte norte de España, al pais mas fragoso, al de mas virtud bélica, donde no penetraron los fenicios ni los cartagineses, y en cuya dominacion tardaron dos siglos los romanos y otros dos siglos los godos?

¿Quién creeria que habiamos de ser deudores del renacimiento de las letras á los árabes, cuando empezó la magnífica epopeya de la reconquista, y resonaron en las montañas de Auseva los gritos de gloria y de venganza, y se peleó por la fé de Recaredo, por la independencia, por la libertad? ¿cuándo se desnudó en Covadonga el acero que despues de ocho siglos debia envainarse en Granada?

Mas la Providencia que hace brotar el

bien del mal, que purifica la atmósfera con las borrascas, que lleva en alas del huracán las semillas á fecundar países remotos, después de fatigar á los árabes españoles con guerras intestinas para dejar respirar á los cristianos y prepararlos á descender á la tierra llana; después de hacer que los africanos amenazasen la tranquilidad de la dominación árabe, y de darles dos fronteras que guardar, la del estrecho y la del país conquistado; después de hacer que, á semejanza de los metales, se fundiesen calientes y se separasen frios, dispuso que llegasen al apogeo de su gloria, y diesen culto á las letras, y honrasen el valor y la hermosura.

Habia el pueblo árabe antes inculto, misero y disperso, formando pequeños estados y hordas independientes y enemigas, constituido por fin un cuerpo en tiempo de Mahoma y consolidado su nacionalidad en el califato de Omar. Oscuros los árabes porque eran ignorantes, débiles porque estaban divididos, despliegan de pronto carácter bélico, cuando el fanatismo los auna y pre-ocupa su imaginación, y se hacen conquistadores, y subyugan en pocos años todo el Oriente romano y la Persia y el Egipto. La sed de conquistas es seguida de la fiebre del saber, y vemos más tarde á Bagdad convertida en otra Atenas en tiempo de Almamón el Augusto de sus reyes. De Bagdad se traslada la ciencia á Córdoba, y sus califas solicitan por medio de embajadas pacíficas las obras del entendimiento humano, y se recogen con entusiasmo y se conservan y se traducen. Se dotan estudios, se fundan bibliotecas, y se busca, se protege, se honra á los sabios de todas las escuelas y de todos los países. Ya no son las tribus bárbaras y estacionarias, ya no son los conquistadores de territorios, son los conquistadores del saber, son el conducto de que se vale la Providencia para conservar y propagar las luces.

La cadena de los siglos no se ha roto, merced á los árabes. La sucesión, la tradición de la doctrina, las conquistas del entendimiento humano iban á perderse; morían con sus dioses informes los conocimientos egipcios, desaparecían con sus dioses sensuales las ciencias de Grecia, los hijos

del Septentrion desdeñaban las letras y las artes; mas los sectarios de Mahoma recorren el mundo y recogen los restos del saber próximo á extinguirse. Los egipcios les enseñan la química oculta bajo el disfraz de la alquimia; aprenden de los griegos la geometría y la astronomía; de los indios el álgebra, de los chinos las artes, y se declaran deudores á Aristóteles, cuyas obras conservan, traducen y comentan, de la filosofía, de la historia, de la medicina. ¡Magnífico espectáculo, señores, el que presenta la idea triunfando de la barbarie: la luz del saber próxima á extinguirse, pero sin llegar á apagarse: la ciencia sobrenadando en el naufragio universal, viajando con las tribus nómadas, ocultándose en las tiendas de los guerreros, hasta que pura y esplendente y vencedora concluye por dominar al mundo civilizando al hombre!

Los árabes no eran inventores; su ley misma se oponía á ello. Mahoma les había dicho que la ciencia del sabio y la espada del fuerte sostienen la máquina del mundo; pero también había limitado el vuelo de su inteligencia diciéndoles que toda innovación era un extravío y que todo extravío conduce al fuego eterno. No esperemos, pues, que su principal mérito sea la invención. El gran servicio que les debe el mundo es el haber recogido los escritos de la antigüedad, haber hospedado las ciencias y las artes, y haberlas transmitido á la Europa que se hallaba en el caos. Ellos siguieron el largo trayecto que recorrió la ciencia que alumbró sucesivamente á los indios, á los chinos y á los persas, á los caldeos, á los fenicios, á los egipcios, á los griegos, á los romanos. Ellos conservaron con singular aprecio, entre otras, las obras de Euclides, de Tolomeo, de Aristóteles, de Dioscórides, de Hipócrates, de Galeno. No esperemos que el papel, ni la brújula, ni la pólvora, sean invenciones suyas: el mundo moderno se las debe; ellos las trajeron á España, las conservaron, las transmitieron.

Como en todo pueblo joven y sencillo, en el pueblo árabe, educado en un clima ardiente, la imaginación precedió siempre á la reflexión. Vémoslo propenso á lo maravilloso, cultivando su idioma rico y musical, dando más importancia á la forma que

á la esencia, encantándose con los romances y la fábula. La poesía formaba parte del ambiente que respiraban; sensuales y valientes, cantaban el amor y los combates.

Cuando volvieron la atención á estudios más severos, no lograron borrar la huella de su carácter; siempre dominaba la imaginación y el fuego oriental. Si se consagran á la filosofía del Stagirita, la visten con comentarios que la desfiguran, y prefieren las sutilezas y argucias del entendimiento á la reflexiva investigación de la verdad. Si se dedican á la historia, no saben formarse sobre los modelos de Grecia y Roma: carecen de orden, de precisión, de miras elevadas; se pierden en el intrincado laberinto de sus genealogías; interrumpen la narración con diálogos, versos y adornos inútiles; y son minuciosos, redundantes, con la exhuberancia de su lozana imaginación.

Cultivan la medicina de los griegos, la enriquecen aplicando á ella la química y las ciencias naturales; pero se apartan de la sencilla y atenta observación de sus maestros; no saben generalizar los hechos, condensarlos en aforismos ó axiomas; son polifármacos y amigos de cuestiones sofisticas y de métodos supersticiosos.

Su misma arquitectura, que fué poco á poco separándose de la Bizantina, nos descubre la riqueza de imaginación de aquel pueblo: se pierde en menudas, prolijas y esquisitas labores ostentando en miles de columnas y en recargados follages el abuso de ornamentación.

Si continuásemos recorriendo todos los ramos del saber, veríamos igualmente que tenían los defectos propios de su carácter; esa lozanía que acompaña siempre al renacimiento de las letras, que precede á los estudios serios, que forma parte del fanatismo literario. Empero dieron al mundo el espectáculo que no se volverá á ver, de recoger la ciencia moribunda, de conservarla, de cultivarla, de transmitirla.

En Córdoba, señores, y bajo el turbante musulmán, empezó esta restauración del saber. El joven Abdo-r-rahman I, último vástago de los Beni-Omeyas, educado en la adversidad, trocado el regalo de su infancia por la áspera vida de los desiertos de Tahart, depositario del valor, de la cultura, de la

ciencia, de la galantería de los suyos, trasladada á Córdoba el lujo y las aparatosas fiestas de Damasco y de Medina, erige suntuosos palacios, se rodea de los hombres más sabios de su tiempo y presta seguro y honroso asilo á las ciencias y las letras miradas con desdén por los godos españoles. Monarca sensible que ama las dulzuras de la paz, que á la sombra de la palma, cuya cima mecieron tal vez las mismas auras de Damasco, recuerda en medio de su prosperidad la patria que ha perdido, los sitios que no volverá á ver, el horrible festín en que fueron sacrificados sus más próximos parientes, los amigos de que le dividían la distancia y los mares!

Una sucesión de grandes monarcas consolida este mismo espíritu de templanza y de ilustración, hasta que ocupa por cincuenta años el trono Abdo-r-rahman III, el califa, el sucesor de Mahoma, el príncipe de los creyentes, el centro de unidad de los hijos del profeta, el Emir almumentá. Entonces llegaron los árabes españoles al apogeo de su gloria: las ciencias tuvieron culto, las artes florecieron bajo aquel hombre, que próximo á morir, tras tan largo y tan glorioso reinado, manifestó que apenas contaba en su vida más que catorce días de completa felicidad.

Su hijo, heredando las dotes de su padre, más pacífico, más agricultor, más amigo de la prosperidad material del país, literato, poeta, bibliófilo, fué el príncipe más amante de las letras, más favorecedor de los buenos ingenios. Mas estaba escrito que después de tan larga sucesión de príncipes había de recaer el trono en Hixém II, niño de diez años, en quien se había de eclipsar la gloria de sus mayores. En vano Almanzor, el Cid de los árabes, en sus expediciones de primavera y otoño, descubrió el instinto y el genio de la guerra, llevando la desolación hasta los confines de Galicia, y trayéndose como trofeo las campanas de Compostela, que rescatadas más tarde por San Fernando, fueron conducidas en hombros de moros á colocarse en las torres de aquella célebre basilica. En vano alternando los deberes de guerrero con los placeres del entendimiento, se constituyó protector de las letras, fundó academias, estableci

escuelas y cultivó todos los ramos del humano saber. ¡Mezcla notable de ilustración y de ferocidad, de dulzura de carácter y de espantosa barbarie! Sostuvo en las sienes de un monarca imbecil una corona vacilante; pero degradó la institución de la morarquía, envileciendo al soberano; logró adormecer, pero no extinguir las rivalidades de los súbditos; no supo educar á sus mismos hijos, que le fueron rebeldes; escitó, en vez de apagar, el ardor bélico de los españoles, los irritó con el agravio, los aleccionó en la guerra, y cuando murió en Medinaceli, casi abandonado de sus tropas, se lamentó de no haber comprendido lo que convenia á los intereses de los suyos, estableciendo entre el pueblo musulman y el cristiano un inmenso desierto, valladar y frontera de ambos campos.

¿Mas qué se hizo del saber de los árabes de España despues de la muerte de Almanzor? ¿qué fue de sus bibliotecas? ¿qué de sus escritores y poetas? Todo desapareció instantáneamente.... Tanto en la prosperidad como en la decadencia hay escalas, hay grados, hay transiciones en otros pueblos; en los árabes no. Del mismo modo que fué maravillosa y providencial su cultura, fué prodigiosa y providencial su ruina. Cayó sin dejar reliquia el pueblo árabe que estuvo, por decirlo así, acampado en España, y en vano se le busca, en vano se tratan de encontrar sus artes y sus ciencias.— Si en otros siglos brillan los musulmanes españoles, son ya hijos de otra civilización diferente, no conservan la doctrina de los árabes ni pueden confundirse con ellos.— Muerto Almanzor se desbordaron las ambiciones, levantaron la cabeza las pasiones bastardas, rompieron el yugo los africanos, se despedazó el cetro, faltó la unidad, sucedió el fanatismo grosero á la cortesana galantería, el error á la ciencia, la cimitarra al plectro. Semejantes al relámpago, brillaron, desaparecieron.

Mas los árabes habian llenado su misión: estaba hecho el bien: la semilla germinadora habia caído sobre tierra fecunda y la Europa se habia salvado de la ignorancia. Un monge llamado Gerberto, viene en el siglo X á Barcelona, pasa á Andaluza, estudia allí las matemáticas y la filosofía, y

cultiva las ciencias, las letras y las artes. La maledicencia le persigue, la ignorancia le acusa de magia, y él, rico de ciencia, la lleva á los palacios, la esparce por Italia, y por uno de los mas ocultos designios de la Providencia asciende al pontificado con el nombre de Silvestre II. Sentado en la Silla de San Pedro el hombre que habia estudiado entre los árabes, fomenta el renacimiento de las letras, dota escuelas, y presenta á la Europa, no bien despierta de su letargo, las obras de Aristóteles, el libro que ha reinado hasta nuestros días, el que explica las sensaciones, la generación de las ideas, el criterio de la verdad, las leyes del entendimiento, y el que tanto ha contribuido á los progresos de la ciencia ideológica.

El ejemplo de Gerberto fué seguido, y se dió el espectáculo de una peregrinación literaria al emporio de las letras y las ciencias. Gerardo de Cremona estudia en las escuelas de Toledo; Campano de Novara recoge las obras de Euclides y se consagra á la astronomía; Athelardo, Daniel Moley, Othon y gran número de ingleses, franceses y alemanes, vuelven á sus respectivas naciones ricos de ciencia, y la propagan fundando escuelas, academias y liceos.

Esta atmósfera no podia menos de ser respirada por los españoles: el benéfico contagio de la ciencia debia infiltrarse en ellos, y vemos á Arnaldo de Villanova instruirse entre los árabes en las ciencias naturales, y á Raimundo Lulio, el omniscio de su siglo, estudiar en sus obras y aleccionarse en sus escritos. Vemos á la población cristiana adoptar en los puntos dominados el lenguaje de sus conquistadores, y hallamos con leyendas árabes monedas de nuestros reyes, estendidos en aquel dialecto muchos instrumentos, y contratos, y comentarios á la Biblia, y hasta una colección de cánones para uso de las iglesias de España.

No es mi ánimo, señores, entrar en pormenores sobre este punto: llenas están las obras de los críticos modernos de esta parte de la historia literaria. Basta para mi propósito una indicación, un recuerdo de lo mucho que debió el mundo á los árabes españoles, de la ciencia que conservaron, que propagaron por Europa; de lo que les debieron nuestros escritores; de lo que les de-

bió Alfonso el Sabio, tanto en sus obras históricas como en su libro de las Armellas y en sus célebres Tablas. De lo que les debió la poesía provenzal, de las escuelas, de las academias, de los colegios que fundaron; de los elementos de civilización que introdujeron en el mundo. Los españoles no podemos volver la vista á ninguna parte sin encontrar el influjo árabe. Esas vegas de Granada y de Valencia, ese admirable sistema de riegos, esas prácticas agrícolas, nuestras artes, nuestra arquitectura, nuestro mismo idioma nos los recuerdan á cada momento.— Mas no vengo, señores, á repetir mal lo que otros han dicho bien, ni á ostentar erudición, ni á perderme en doctas investigaciones...

Me basta ver en todo esto la mano de la Providencia dirigiendo los destinos del mundo, llamar la atención de la Academia hácia un punto brillante de la civilización oriental, considerando al califato de Córdoba como el período mas grande, mas ilustre de la vida del pueblo árabe que, en tierra extraña, floreció en la prosperidad, que hizo el bien, que desapareció tan pronto como dejó de ser necesario.

El señor Lafuente nos ha dado á conocer bajo otro y muy notable punto de vista el período del califato, y al considerar su decadencia nos ha presentado al pueblo cristiano federándose, ensanchando sus buenos fueros, y hostilizando y venciendo á sus dominadores. ¡Ojalá que no hubiese habido entre nosotros tanto pequeño Estado, tanta falta de homogeneidad en el poder, tanta división, tanta guerra civil! Y no hubiéramos visto esas treguas, esas paces, esas alianzas indecorosas, ni á los soldados españoles combatir en auxilio de los mahometanos contra soldados de España! Entonces la destrucción de Almanzor y la ruina del califato hubieran sido el verdadero triunfo de nuestros padres, y no hubieran mediado cuatro siglos desde que Alfonso VI debeló á Toledo, hasta que los Reyes Católicos conquistaron á Granada.

He dicho.—Antonio Cavanilles.

Para completar esta reseña del período de la dominación de los árabes en España, nos ha parecido oportuno extractar del P. M. Florez los dos siguientes párrafos, tomados del tomo 5, trat. 5, cap. 5, de la *España Sagrada*:

Renovación del dolor de la esclavitud de los moros, y breve noticia del estado á que se redujeron las iglesias de España.

Ya que llegamos al desgraciado tiempo de la entrada de los sarracenos en España, conviene dar alguna noticia en general del infeliz estado en que quedó la cristiandad bajo el yugo de los mahometanos; porque de aqui adelante cercadas ya las naves de nuestra Iglesia de furiosas ondas, no tanto manejaban los prelados el timon, cuanto el remo; y para conocer el mérito de aquellos venerables pilotos, conviene ver el riesgo de los muchos escollos por donde navegaban.

Habiendo degenerado los reyes godos de la piedad y honestidad que por mas de cien años reinó en ellos desde el Católico Recaredo; como á los pecados de los reyes acompañan los desórdenes del reino, brevemente crecieron tanto los escesos, que llegaron al cielo, moviéndole á una de las mas fuertes venganzas de cuantas se han oido: permitiendo en los hijos de Witiza la execrable traición de confederarse con los enemigos de la patria y de la fé, para arruinar un reino de que se juzgaban desposeidos. Entraron efectivamente algunos sarracenos en España, y aunque eran pocos en número, como hallaron sin virtud á los godos, y puso Dios en sus manos la espada del castigo de los pecados de estos, fácilmente se apoderaron de la tierra que tenia al cielo contra sí. Fué tanta la celeridad de la conquista que como en una furiosa tempestad se juntó con el trueno de su entrada el rayo de la desolación de todo el reino, admirado aun el conquistador de la facilidad con que se desvaneció la resistencia.

En el año de setecientos y trece se vió España hecha un funesto teatro y despojo, no tanto del furor de los bárbaros, cuanto de las iras del cielo; y como el alfange estaba en mano tan inhumana, no es fácil referir las desgracias. Isidoro Pa-